
POLONIA, LAS RAZONES DE UNA CRISIS

Ignacio Sotelo



Los acontecimientos ocurridos en Polonia, desde julio de 1980 a diciembre de 1981, en sus líneas generales, son bien conocidos. Una ola de huelgas, que comienza a primeros de julio en una fábrica de maquinaria agrícola en las cercanías de Varsovia, que se extiende a las ciudades más importantes del país, culminando en la segunda mitad de agosto en Danzig y en Stettin, consigue, tras dura y difícil negociación entre el comité de huelga y el gobierno, el reconocimiento de un derecho básico de la clase trabajadora: la organización de sindicatos independientes. El 18 de septiembre se funda en Danzig «Solidaridad», que es inscrito legalmente en el registro de asociaciones el 24 de octubre. Si en el momento de su fundación «Solidaridad» afirma tener tres millones de afiliados, a los pocos meses sobrepasa los diez, es decir, el 75 por 100 de los trabajadores polacos. El sindicato oficial («Związek Zawodowy»), que contaba oficialmente con trece millones y medio de afiliados, se autodisuelve el 25 de octubre de 1980).

Por vez primera un régimen comunista tolera la organización de un sindicato libre. Se inicia así un período de difícil coexistencia entre el aparato monolítico del partido y las organizaciones sociales que, como el sindicato, cuentan con un amplio respaldo popular. En una dinámica de negociación y de confrontación entre un Estado con vocación totalitaria y una sociedad que empieza a vertebrarse en asociaciones independientes, también por vez primera en la historia de un régimen comunista, un general en activo, Wojciech Jaruzelski, que, como ministro de defensa está a la cabeza de las Fuerzas Armadas, es nombrado Jefe del Gobierno (febrero de 1981), y poco más tarde secretario general del *Partido Obrero Unificado Polaco*, el partido comunista de Polonia (octubre de 1981), para terminar declarando el «estado de guerra» (diciembre de 1981), lo que lleva al Ejército a asumir todos los poderes.

Las contradicciones entre sociedad y Estado en la Polonia comunista encuentran una salida provisional en la dictadura militar. La «dictadura del proletariado», como la «dictadura de la burguesía» recurren, como último recurso, para mantener el poder establecido, al este como al oeste, dentro del imperio soviético como dentro del norteamericano, al ejercicio directo del poder, por encima de la propia legalidad, «manu militari».

A estas alturas no tiene ya demasiado sentido reanudar la vieja discusión sobre el verdadero carácter de los regímenes comunistas –los socialistas lo hemos venido haciendo sistemáticamente desde el golpe de Estado leninista en 1917–, ni parece consecuente con nuestros ideales democráticos aprovechar los trágicos acontecimientos polacos para unirnos a la campaña antisoviética patrocinada por Reagan desde el mismo momento de su entrada en la Casa Blanca, Chile,

Argentina, Turquía, El Salvador y Guatemala –la lista podría ser mucho más larga– nos duelen tanto como Polonia. En lo que sigue no se trata de condenar una vez más lo condenable, ocurra donde ocurra, en la órbita soviética o en la norteamericana. No pretendemos dar rienda suelta a nuestra indignación, aunque nos cueste trabajo el contenerla, sino simplemente *entender* lo ocurrido. Controlando al máximo nuestros sentimientos y sin erigirnos en jueces de nada ni de nadie, vamos a exponer algunas hipótesis explicativas de dos hechos, en sí mismos contradictorios y, sin embargo, estrechamente ligados, como son la legalización de un sindicato independiente y el establecimiento de una dictadura militar, que rompen el marco de lo que parecía posible en los regímenes comunistas de factura soviética.

1.

Primera cuestión: ¿cómo fue posible que el gobierno polaco terminase por aceptar la organización de un sindicato independiente? Es ésta una vieja reivindicación básica de la clase obrera, que por supuesto no desapareció por el simple hecho de que los bolcheviques se apoderaran del aparato del Estado en noviembre de 1917. La primera «oposición» que aparece en el partido de Lenin, después de la toma del poder, es una oposición sindical y el punto en el que se centran las diferencias entre los bolcheviques, en el corto plazo en que pudieron expresarse, es justamente la «cuestión sindical», que en los años 1921 y 1922 dió lugar a importantes y polémicos debates. El estalinismo acabó con todas las cuestiones pendientes, le-

Las contradicciones entre la sociedad y Estado en la Polonia comunista encuentran una salida provisional en la dictadura militar.

vantando la estructura monolítica de poder que caracteriza al sistema. Un partido, jerárquicamente organizado, controla por completo, tanto el aparato del

Estado, como las organizaciones sociales, sean estas sindicales, culturales, juveniles o eclesiásticas. Nada en la sociedad y en el Estado, al margen del poder omnímodo del partido. Nada en el partido que no sea controlado por su cúspide, personalizada en el poder absoluto e indiscutible de su secretario general. Los críticos marxistas polacos J. Kuron y K. Modzelewski, sin demasiada originalidad pero con indudable acierto, llamaron «burocracia monopolista» a la clase dominante de su país: su monopolio absoluto del poder no deja en la sociedad margen alguno para organizaciones independientes.

Si bien es cierto que nunca se logró erradicar el afán obrero de dotarse de organizaciones propias —la historia de los repetidos intentos de constituir sindicatos independientes en la Unión Soviética y en los países de su órbita es buena prueba de ello— también parecía altamente improbables que, en las condiciones de control absoluto de la sociedad que caracteriza al sistema, estas organizaciones pudieran cuajar. Con medidas represivas de muy distinto tipo, las «burocracias monopolistas» habían conseguido hasta ahora impedir la más mínima democratización de los sindicatos oficiales, así como, con mucha mayor dureza, la constitución clandestina de sindicatos libres. Su mera exigencia ha llevado a más de un «disidente» a la clínica psiquiátrica, cuando no al campo de concentración.

No puede sorprender, por tanto, que en el momento en que la clase obrera adquiera la fuerza suficiente para obligar a negociar a la «burocracia monopolista», la primera y más fundamental de sus reivindicaciones sea la autorización para formar sindicatos libres. Lo que sí necesita explicación es que la «burocracia monopolista» haya perdido el monopolio de su poder y se vea obligada a negociar.

Aunque en el proceso de pérdida

paulatina de este poder en la Polonia actual influyan factores reconocibles en otros países con el mismo sistema social y político, nada tan precipitado como extraer conclusiones generales de una experiencia histórica que, como tal, es única. Nadie se atreverá a negar las contradicciones implícitas en este sistema, como tampoco nadie dudará de la existencia de una dinámica de cambio, por estables que estos regímenes puedan parecer. Lo que es seguro, dadas las diferencias nacionales, culturales y socioeconómicas de los distintos países del Pacto de Varsovia, es que los acontecimientos que puedan ocurrir mostrarán diferencias importantes en cada uno de ellos y, sobre todo, tendrán una significación muy distinta, según el país en que ocurran. Decisivo, en todo caso, para el porvenir del Imperio soviético, dejando aparte los factores bélicos im-

Lo que necesita una explicación es que la «burocracia monopolista» haya perdido el monopolio de su poder y se vea obligada a negociar.

previsibles, será lo que pueda suceder en el mismo corazón de la metrópoli, es decir, en Rusia, o en el interior del magma plurinacional que constituye la Unión Soviética.

Al preguntarnos cómo ha ido perdiendo la «burocracia monopolista» el monopolio de su poder en Polonia, hay que tener muy presente el carácter específicamente *polaco* de este proceso, aunque para dar cuenta de lo sucedido combinemos elementos propios de la realidad polaca con otros que pudieran tener un mayor alcance, pero sin pararnos a diferenciarlos. Nuestra intención consiste únicamente en dar razón de lo ocurrido en Polonia, sin entrar en esta ocasión en el análisis de lo que pudiera significar para el conjunto del sistema.

2.

La historia de Polonia, desde que a mitad del siglo X aparece en las crónicas el nombre del primer señor de Polonia del que se tiene noticia, Mieszko I,

es una lucha continúa por afirmar una unidad política propiamente polaca: primero, hasta el siglo XIV, contra el dominio de las órdenes militares alemanas, luego contra la expansión amenazante del Ducado de Moscovia. Desde el siglo XIV al XVIII logra mantenerse, en algún momento incluso imponerse, pero siempre con fronteras lábiles y cambiantes, un reino de Polonia, que el poder de la aristocracia terrateniente impide cuaje en un Estado moderno. La pujanza del feudalismo polaco y la situación geográfica, entre los Estados germánicos y Rusia, obstaculizan el desarrollo de una Monarquía absoluta que pusiera los cimientos para un Estado capaz de afirmar su independencia. A partir de los dos repartos dieciochescos (1772 y 1793) y el que, tras la brevísima pausa napoleónica, confirma el Congreso de Viena en 1815, el pueblo polaco, en una durísima lucha por la independencia, adquiere una profunda conciencia nacional. Por fin, en 1918, Polonia logra su propio Estado gracias a la derrota de Rusia y de los Imperios germánicos en la primera guerra mundial.

Retengamos los dos factores fundamentales que configuran la Polonia contemporánea: 1. El Estado polaco es una realidad recientísima, aunque haya tenido precedentes históricos —el reino de Polonia entre los siglos XIV y XVIII— y la nación polaca haya conocido momentos de gran brillantez cultural— siglo XVI, gozando de independencia; siglo XIX, bajo la administración de Prusia, Austria y Rusia. 2. El feudalismo dura en Polonia hasta bien entrado el siglo XIX. La aristocracia terrateniente constituye la clase dominante, hasta que los países ocupantes poco a poco van confiscando sus propiedades, al apoyar, a veces incluso dirigir, la lucha por la libertad de Polonia. Esta sobrevivencia del feudalismo hasta la constitución del Estado polaco, después de la primera guerra mundial, da razón

El Estado polaco es una realidad recientísima, aunque haya tenido precedentes históricos y haya conocido momentos de gran brillantez cultural.

tanto del carácter rural de Polonia como del papel hegemónico que en la historia polaca desempeña la Iglesia católica, instalada, como pez en el agua,

en una sociedad agraria tradicional, con estructuras sociales e ideológicas feudales, pero que enfrentada al luteranismo prusiano y a la ortodoxia rusa, como la mayor parte de la aristocracia, sostuvo siempre las reivindicaciones nacionales del pueblo polaco.

El Estado polaco que nace en 1918 no tiene un destino fácil. Se levanta sobre una sociedad predominantemente agraria, con una aristocracia en franca decadencia y una burguesía débil, sin apenas industria y carente de experiencia política y administrativa. En estas condiciones, integrar en un solo Estado la economía y la administración de tres Estados, se presenta como un reto casi insalvable. A la debilidad interna se une la enorme complejidad externa, ante una Alemania fuertemente industrializada, y una Unión Soviética en rápido proceso de industrialización, que sólo a regañadientes y con carácter provisional reconocen las fronteras del nuevo Estado.

Aunque formalmente se instaure una república democrática, con una Constitución relativamente progresista (1921), de hecho es el ejército recién creado la única fuerza capaz de imponer su voluntad. Polonia recurre al hombre fuerte, al mariscal Józef Pilsudski, uno de los dirigentes más populares del nacionalismo polaco y el verdadero organizador de su ejército, que, con autorización del Parlamento, gobierna el país de 1918 a 1922. En 1926, Pilsudski, tras un golpe militar, impone una dictadura que sobrevive a su muerte en 1935. Hasta la invasión alemana en septiembre de 1939, Polonia está sometida a una dictadura militar, único régimen político capaz de mantener inamovible un orden social periclitado. Conviene tener muy presente que de los veinte

años que duró la República polaca, solamente en tres (1923-1926) funcionaron mal que bien las instituciones democráticas; en cambio, trece años dura la dictadura militar, que pone punto final a la invasión hitleriana.

3.

El pacto Ribbentrop-Molotov de 23 de agosto de 1939, en sus protocolos secretos, concertaba un nuevo reparto de Polonia. Otra vez, constante de la historia polaca, el destino de su política interna dependía de circunstancias externas sobre las que apenas podía influir. Se comprende que en Polonia la primacía de la política exterior constituya un dogma indiscutible. En la crisis actual ha jugado un papel tan decisivo como en todas las demás crisis del pasado. Tanto la dictadura militar, como la sociedad agraria tradicional sobre la que se apoya, se desmoronan ante el avance imparable del ejército alemán. La política brutal del ocupante, dispuesto a destruir de una vez para siempre a la nación polaca, convirtiéndola en mano de obra esclava al servicio de la «raza aria», lleva a un pueblo, que tiene una historia centenaria de lucha por su independencia, a ofrecer una resistencia encarnizada. Cuando en 1941 los antiguos aliados se convierten en enemigos irreconciliables, la preocupación máxima de la resistencia interior y de su gobierno exiliado en Londres es que la liberación del yugo hitleriano no implique caer en manos de la Unión Soviética. A pesar de las hazañas del ejército polaco del interior (*Armja Krajowa*), convencido de que la independencia de Polonia dependía de conseguir su propia liberación antes del arribo del ejército soviético, no se consigue este objetivo. El intento suicida de liberar Varsovia que lleva a cabo la resistencia polaca (1 de agosto de 1944), termina con la

**Se comprende que en Polonia
la primacía de la
política exterior
constituya
un dogma indiscutible.**

destrucción total, tanto de la capital como del ejército polaco del interior que, después de tener más de 150.000 bajas, incluyendo a la población civil, se ve obligado a capitular el 2 de octubre de 1944. Polonia queda así a merced de las tropas soviéticas.

En la conferencia de Yalta (febrero de 1945), los intereses de los aliados prevalecen sobre los nacionales de los polacos, y si bien se garantiza la existencia de un Estado polaco, que cede 180.000 kilómetros cuadrados, al este de la línea Curzon, a la Unión Soviética, y en compensación recibe 103.000 al oeste, incluida la ciudad libre de Danzig, hasta el Oder, a costa de Alemania, Stalin logra el reconocimiento por ingleses y americanos del «gobierno provisional» que ha establecido en Polonia, aunque aceptando miembros provenientes del exilio occidental. El «gobierno polaco en el exilio», que el Vaticano siguió reconociendo hasta 1959, queda sin apoyo internacional y, ocupada Polonia por el ejército soviético, sin posibilidad real de ejercer una influencia decisiva en la nueva Polonia que van a construir los comunistas.

Desde la proclamación del «gobierno provisional», el 22 de julio de 1944, que oficialmente se considera la fecha de fundación de la *República Popular de Polonia*, hasta las elecciones a una asamblea constituyente, el 19 de enero de 1947, los comunistas, que con el apoyo soviético detentan el poder, logran: 1. iniciar una política de «construcción del socialismo», nacionalizando minas y las más importantes industrias; 2. controlar militarmente el país, acabando con los distintos focos de resistencia armada; 3. la eliminación sistemática de los partidos y líderes políticos, integrados en el «gobierno provisional», pero que pretenden una política propia. En octubre de 1947, con la huida al occidente de Stanislaw Mikolajczyk, líder del partido campesino, anti-

guo miembro del «gobierno de Londres», que había aceptado colaborar con los comunistas en el «gobierno provisional», y que, después de la manipulación de los resultados de las elecciones a la asamblea constituyente, que no le daban más que el 10 por 100 de los votos, temía ser detenido, se cierra el período de postguerra, en el que pareció todavía posible instaurar un régimen democrático.

La «guerra fría» deja las manos libres a Stalin para instaurar «democracias populares», según el modelo soviético, en los países que, acorde con los tratados de Yalta, pertenecen a su órbita de influencia. En Polonia, como en Yugoslavia, países en los que los comunistas habían luchado contra la ocupación nazi, la operación conlleva especiales dificultades, al encontrarse con partidos, o en el interior de los partidos, con comunistas cuyo poder no dependía exclusivamente de la condescendencia soviética. En septiembre de 1948, Wladyslaw Gomulka, que había dirigido el *Partido Polaco de los Trabajadores* —el antiguo partido comunista polaco lo había disuelto Stalin en 1939— y que a partir de 1945 había insistido en «un camino polaco hacia el socialismo», acusado de «revisionismo nacionalista de derecha» es desalojado de la secretaría general. Lo sustituye el presidente de la república, Boleslaw Beirut, antiguo agente de la Internacional comunista en el período de entreguerras, que, después del obligado exilio en Moscú, Stalin había colocado al frente del «gobierno provisional» que sostienen las fuerzas de ocupación soviéticas. El nuevo secretario general, a la cabeza del Estado y del partido, tenía el doble encargo de depurar el partido —uno de cada cuatro comunistas fue expulsado— y de llevar adelante la completa estalinización de Polonia, uno de cuyos primeros pasos consistió, en diciembre de 1948, en la unificación forzada del partido comu-

nista (*Partido Obrero Polaco*) con el *Partido Socialista Polaco* en un *Partido Obrero Unificado Polaco*, por fin el auténtico partido marxista-leninista a que aspiraba Stalin.

El estalinismo en Polonia dura de 1949 a 1956, un período relativamente corto, en el que, si bien se consigue un partido jerárquicamente estructurado, con un líder indiscutible, B. Beirut, una doctrina sacralizada, el marxismo-leninismo, y un programa de «construcción del socialismo», calcado del modelo soviético, no se logran, sin embargo, algunos objetivos básicos en lo que respecta al control total de la sociedad. Por lo menos hay que dejar constancia de dos fracasos de envergadura que van a

**Dos fracasos de envergadura:
no se lleva a término
la colectivización
del campo, y no se consigue
doblegar a la Iglesia católica.**

marcar el futuro del régimen: no se lleva a término la colectivización del campo; a pesar de una persecución dura, no se consigue doblegar a la Iglesia católica.

4.

Hemos detectado ya los dos elementos básicos que singularizan a Polonia dentro de los regímenes comunistas: 1. El proceso de colectivización del campo se detuvo en 1956, cuando todavía la mayor parte seguía en manos de los pequeños campesinos. Aún hoy, el 68 por 100 de la tierra agrícola útil es propiedad privada. 2. Con la consolidación del Estado comunista, la influencia social de la Iglesia católica, lejos de decaer, ha ido en continuo aumento. El espectáculo de los obreros polacos confesándose en masa en los astilleros *Lenin* de Danzig en agosto de 1980, hubiera sido inconcebible, incluso en Polonia, las huelgas de los años treinta. Si la Iglesia siempre desempeñó un papel fundamental como conciencia y guardián de la nación, en las últimas décadas y, sobre todo, en los últimos años, ha aumentado muy sensiblemente su capacidad de vertebrar a la sociedad. Desde que el ejército ha asumido todos

los poderes, en el pasado diciembre, ha mejorado aún la posición de la Iglesia, ahora la única institución sobreviviente al margen del Estado.

Polonia en los años cincuenta era todavía un país predominantemente agrario. Hasta 1965 la población urbana no supera a la rural, y hasta 1976 el número de trabajadores empleados en la industria no sobrepasa a los que trabajan en el campo. Si el grado de urbanización es un índice significativo para medir el desarrollo socioeconómico, Polonia, con un 58 por 100 de población urbana, todavía está por debajo de la Unión Soviética (el 63 por 100) y de Bulgaria (el 62 por 100). Si en España el 15 por 100 de la población activa trabaja en el campo, esta cifra era en Polonia, en 1978, del 30 por 100.

Es un fenómeno universal la oposición obstinada del campesinado a la colectivización de la tierra, pero no deja de lanzar alguna luz sobre los límites del «totalitarismo» polaco el comprobar su fracaso a la hora de llevar a la práctica sus intenciones colectivistas. El POUP prefirió centrar sus esfuerzos en una rápida industrialización, confiando en que, una vez que la agricultura perdiera su posición predominante y cada vez mayor cantidad de población rural se hubiera integrado en las ciudades, resultaría más hacedero llevar a cabo la colectivización, junto con la mecanización y modernización de las labores agrícolas. Entretanto se decidió abandonar el campo a su propia suerte.

Szczepan Wysocki, uno de los miembros más representativos del *Foro de Katowic* que se distinguió precisamente, en este último año, por su crítica del gobierno por su tolerancia frente a los «contrarrevolucionarios de Solidarność», en una entrevista publicada en el periódico de Berlín

Occidental *Die Neue*, el 26 de septiembre de 1981, acusaba a su partido de haberse separado, en los últimos 36 años, de un «análisis

marxista-leninista», lo que le impidió llevar a cabo «las tareas de la transición del capitalismo al socialismo». El error trágico que subraya con más ahínco es precisamente el haber mantenido relaciones capitalistas de producción en el campo, lo que le lleva a diagnosticar la crisis polaca como «expresión de las contradicciones de clase entre el sector socialista y el sector privado».

Si difícilmente se puede aceptar este análisis de los comunistas prosoviéticos —la contradicción fundamental no es la que se produce entre una economía estatizada y un sector marginal privado, sino entre la «burocracia monopolista» y el resto de la sociedad— no por ello debe menospreciarse, como uno de los factores claves de la crisis, el estado catastrófico de la agricultura polaca. Porque si bien es cierto que el POUP no se atrevió a llevar adelante un programa radical y consecuente de colectivización —además de la oposición campesina, conocía los costos humanos y los pésimos resultados económicos de la experiencia soviética— tampoco eligió otra salida, intresado únicamente en impedir el desarrollo de un sector privado, moderno y productivo, que de ningún modo encajaba en el sistema. Aceptó así de buen grado la generalización y permanencia de un minifundio marginal. En 1950 se contabilizaban 2,9 millones de unidades agrícolas privadas, en 1960 son ya 3,2 millones, en 1979 la cifra continua superando los tres millones, con una media de 4,2 hectáreas por unidad, que representa el 30 por 100 con menos de 2 hectáreas, otro 30 por 100 entre 2 y 5 hectáreas y sólo un 4,5 por 100 sobrepasa las 15 hectáreas.

Se quiso favorecer un minifundio no rentable para poder un día acometer la colectivización. Con un continuo des-

censo de la productividad agrícola —Polonia alcanza el récord mundial de caballos por hectárea— la economía polaca se encontró a finales de los sesenta

La contradicción fundamental no es entre una economía estatizada y un sector marginal privado, sino entre la «burocracia monopolista» y el resto de la sociedad.

con una serie de cuellos de botella, difícilmente salvables. Fijados por el Estado precios muy bajos para los productos agrícolas –no se iba a permitir que los

«capitalistas» del campo se enriquecieran y mucho menos que invirtieran en propiedades que se consideraban provisionales– de hecho se favoreció, por un lado, la economía marginal de subsistencia –el campesino consume lo que produce– y, por otro, la corrupción y el «mercado negro», a la vez que el Estado se ve obligado a aumentar rápidamente las importaciones de productos alimenticios, gravando negativamente la balanza comercial, lo que obliga a recurrir, cada vez en mayor medida, al préstamo exterior.

La Iglesia Católica en general, y la polaca muy en particular, es maestra en el arte de acoplarse a los más diferentes regímenes políticos. En el siglo XIX la jerarquía católica había aprendido a convivir, aunque sin poder evitar momentos de tensión y aún persecuciones, con la Administración prusiana y rusa –con los austriacos, oficialmente católicos, resultaba más fácil– y estaba muy dispuesta, después de la segunda guerra mundial, a adaptarse a las nuevas condiciones. El cardenal Hlond, primado de Polonia hasta su muerte en 1948, al nombrar «administradores apostólicos» polacos en los territorios alemanes anexionados al oeste, había contribuido a la consolidación del Estado polaco dentro de sus nuevas fronteras. Su sucesor, el cardenal Wyszyński, una de las grandes personalidades de la historia eclesiástica polaca, sin autorización expresa del Vaticano, llegó en abril de 1950 a firmar un convenio con las autoridades estalinistas, en el que a cambio de reconocer al «gobierno legítimo» y de renunciar por parte de la Iglesia a cualquier actividad o manifestación de carácter político, se la permitía seguir ejerciendo sus

Si la Iglesia mostró claramente que podía coexistir con el estalinismo, el estalinismo no podía coexistir con la Iglesia.

funciones litúrgicas y pastorales, consiguiendo incluso mantener la enseñanza de la religión en la escuela pública y conservar la universidad pontificia de

Lublin, que había sido fundada en 1918 a la vez que el Estado polaco, única existente en los países del Este. En el curso académico 1979/80, la universidad católica de Lublin contaba con cuatro facultades –Teología, Derecho canónico, Filosofía y Ciencias humanas– y más de 3.000 estudiantes matriculados. La jerarquía católica logró además mantener, ininterrumpidamente desde 1945, una revista semanal (*Tygodnik Powszechny*), que aparecía en Cracovia con una tirada limitada a 40.000 ejemplares, que se agotaba, semana a semana, nada más ponerse a la venta. En el período postestalinista, la Iglesia polaca llegó a tener 17 casas editoriales y 154 publicaciones periódicas.

Si la Iglesia mostró claramente que podía coexistir con el estalinismo, el estalinismo no podía coexistir con la Iglesia sin cuestionar su pretensión totalitaria de controlar la sociedad por completo. Una vez legitimado, el gobierno rompió los acuerdos destituyendo a los «administradores apostólicos» nombrados por el cardenal Hlond y confiscando sus bienes; se procesó al obispo Kaczmarek, acusado de haber colaborado con los nazis; en febrero de 1953, el gobierno decidió nombrar directamente a las personas que ocuparían los cargos eclesiásticos, y ya en la cúspide de la represión, cuando era considerable el número de sacerdotes encarcelados, en septiembre de 1953, fue detenido el cardenal Wyszyński. Cuando el 29 de octubre de 1956 el cardenal primado vuelve a su sede de Varsovia, aclamado por la multitud, el partido comunista polaco sabe que, en el futuro, tendrá que reprimir su vocación totalitaria y negociar permanentemente con una institución que no ha logrado someter a su control.

5.

El concepto de «totalitarismo», tal como se utiliza en la «guerra fría», identifica fascismo y comunismo como dos aspectos de una misma realidad, que se contraponen a la democracia. Esta identificación, así como el pergeñarse este concepto como contrapuesto al de democracia pluralista y representativa, pone de manifiesto tanto sus obvias deficiencias teóricas como las razones de su éxito, por lo menos hasta que la «coexistencia pacífica» vino a suceder a la «guerra fría». Aunque mantenido siempre a disposición entre las armas ideológicas de occidente, en los años sesenta, el concepto de «totalitarismo» perdió mucho de su anterior prestigio, dejando incluso el paso libre a nociones antitéticas como la de «convergencia de los dos sistemas, capitalismo y comunismo», que tenía la ventaja de dar cuenta,

por un lado, de la cada vez mayor integración económica de ambos mundos; por otro, de la concentración creciente del poder económico y político en el mundo occidental, hasta el punto de permitir el parangón con los países de la órbita soviética. Cuando al oeste entró en declive el concepto de «totalitarismo» para dar cuenta de los regímenes del Este, la oposición, cada vez más visible en estos países, consiguió, con ejemplos patéticos y algunas buenas razones, volver a ponerlo en circulación.

No es ésta la ocasión para discutir el concepto de «totalitarismo». Baste decir que, si bien se puede hablar de «vocación totalitaria» de un sistema —en sí el poder se define precisamente por su pretensión de convertirse en absoluto— difícilmente es concebible que lo consiga. La dinámica del poder consiste, no sólo en un proceso de concentración progresiva, sino también en un continuo desdoblamiento en poderes antagónicos. El estalinismo no se explica tan sólo por su mayor o menor vocación to-

talitaria, por grande que haya podido llegar a ser, sino que es preciso tomar también en consideración la relación que establece con los demás contrapoderes, aunque queden reducidos a su estado latente. El poder funciona no sólo porque en última instancia recurre a la fuerza bruta, sino también porque determinados grupos sociales le prestan obediencia en virtud de intereses propios: en este sentido, todo poder establece un «pacto» más o menos explícito con la sociedad que lo soporta.

El estalinismo polaco pudo arremeter contra la Iglesia católica, cristalización de poderes latentes mucho más amplios, porque contaba con la aquiescencia implícita de una clase obrera naciente, en rápida expansión, y de una parte significativa de la juventud intelectual —no olvidemos que personalidades tan características como Leszek Kolakowski o Adam Schaff empezaron su carrera

El estalinismo polaco pudo arremeter contra la Iglesia católica porque contaba con la aquiescencia implícita de una clase obrera naciente y de una parte de la juventud intelectual.

como estalinistas convencidos— para la que «construir el socialismo», según el único modelo disponible, constituía un destino inexorable. Por duras que fueran las medidas que había que tomar en el presente, el porvenir brillante que prometían las justificaban con creces. De 1949 a 1955 se pone en práctica el plan para el sexenio con resultados halagüeños: en la industria y en la construcción se crean dos millones de puestos de trabajo, se triplica el potencial industrial, con un crecimiento anual medio de la economía de un 8,6 por 100. Aunque salarios y consumo real permanecieron constantes a niveles muy bajos, para una población rural recién llegada a la ciudad el hecho de obtener un puesto de trabajo seguro representaba de por sí un valor suficiente para inclinarse por un régimen que además prometía para un futuro cercano un bienestar generalizado.

Aparte de un control riguroso de la sociedad, empleando todas las medidas represivas que se juzguen necesarias, la

estabilidad de los regímenes comunistas reposa en un «pacto» entre la población y la «burocracia monopolista», por el que aquella renuncia a toda crítica, aceptando pasivamente la ideología oficial, a cambio de un puesto seguro de trabajo que no exija demasiado esfuerzo, un aumento progresivo del nivel de vida y una libertad creciente para organizar la vida privada al gusto de cada cual. La colectivización de la producción ha de realizar el milagro de garantizar un puesto seguro de trabajo, así como salarios reales cada vez más altos, sin exigir para ello rendimientos más altos. A su vez, las deficiencias en la distribución han de venir compensadas con una tolerancia creciente sobre los canales privados —léase mercado negro— de abastecimiento. Si no se debe incordiar, cuestionando los principios burocráticos establecidos, tampoco se aguanta que el Estado incordie aumentando unilateralmente sus exigencias.

En 1956 hace crisis el sistema al tambalearse los dos pilares en que se sostiene: la aquiescencia intelectual y la tolerancia obrera. Hoy nos cuesta trabajo imaginar, cuando el estalinismo en su fórmula «marxista-leninista» está por completo desacreditado dentro y fuera de los países del Este, que en los años treinta y cuarenta gozase de un gran prestigio en determinados círculos de izquierda, que la victoria sobre la Alemania nazi acabó por sacralizar. Ciertamente sin las tropas soviéticas pocos hubieran pensado en la posibilidad de «construir el socialismo», pero sin estos idealistas convencidos tampoco hubieran sido factible corrimientos sociales tan profundos.

El 20 congreso del partido comunista de la Unión Soviética, con el informe secreto de Jrushchev, en el que se denuncian «deformaciones», «irregularidades», «errores» y hasta «crímenes» de Stalin, pone en tela de juicio un modelo de socialismo, un período histórico y

una personalidad hasta entonces indiscutibles. Los comunistas que todavía han conservado su «idealismo», se ven obligados a confrontar realidad e ideología. Desde entonces no se ha podido impedir un vaciamiento continuo de las bases ideológicas. El «marxismo-leninismo», en los países de la órbita soviética, ha terminado por no representar más que lo que representó el «nacionalsindicalismo» en la España de los sesenta: mero residuo ideológico, sin la menor credibilidad social, al que sólo recurren unos cuantos cínicos para hacer carrera. Si las dictaduras con vocación totalitaria necesitan de una ideología para encaramarse al poder, pueden, sin embargo, perdurar mucho tiempo después de desaparecida su base ideológica.

En la noche del 23 al 24 de febrero de 1956, Jrushchev deja estallar la bomba de su informe secreto. En marzo, para complicar aún más las cosas, muere inesperadamente Boleslaw Beirut, el hombre de Stalin en Polonia, que detentaba todos los poderes. La burocracia estalinista se siente profundamente insegura, cuestionada en el interior y sin saber por donde van a soplar los vientos en la Unión Soviética. Perdida la fe en que los sacrificios vividos tendrán su recompensa en un futuro cercano, la clase obrera aprovecha esta incertidumbre para plantear sus reivindicaciones aquí y ahora, echando mano de los instrumentos de presión que tiene a su alcance: la manifestación callejera y la huelga. A finales de junio, una manifestación obrera en Poznan se convierte en una revuelta abierta, que la milicia reprime brutalmente. El estalinismo queda al descubierto, sin la menor legitimación: esa misma clase obrera, a la que afirma representar y servir, es la prime-

ra que se lanza a la calle, gritando sus demandas de mejores salarios y de una vida más digna. La represión brutal —se contaron 53 muertos y más de 300 heri-

**El POUP ha estado
siempre dividido
entre los
duros y los
negociadores.**

dos-, lejos de amedrentar los ánimos, extiende la indignación a todo el país, en una ola de protestas que dura todo el verano.

El recién llegado secretario general, Eduard Ochab, sin tener todavía en sus manos todos los resortes del poder, se inclina por una línea de negociación y de compromisos. En la reunión que en julio celebra el comité central del POUP, el partido se muestra claramente dividido entre los que propugnan mantener la línea dura y los que prefieren el camino de la negociación. El partido monolítico que construyó el estalinismo, se rompe definitivamente, sin que haya logrado hasta ahora recomponer su unidad monolítica. Desde aquella memorable reunión del comité central, el POUP ha estado siempre dividido entre los duros y los negociadores, reapareciendo en cada crisis una división interna que, si bien ha servido para encontrar soluciones de urgencia, va a mantener latente la crisis a lo largo de los próximos 27 años.

En la reunión del comité central de julio de 1956 se impone la línea negociadora, decidiéndose no aplicar sanciones excesivamente duras a los obreros detenidos por el levantamiento de Poznan, así como asumir parte de la crítica obrera. En consecuencia, se propone un nebuloso programa de reformas bajo el doble lema de «un camino polaco hacia el socialismo» y «democratización de las decisiones políticas y económicas», justamente los puntos básicos por los que Gomulka ha ido a parar con sus huesos a la cárcel.

El segundo grupo social que protagoniza la protesta, los intelectuales, hacen acto de presencia. También ellos han aprovechado el lento deshielo que siguió a la muerte de Stalin para organizarse en clubs políticos: primera forma de organización semiclandestina y semitolerada que produce la Polonia postestalinista. En estos clubs se discute apa-

Las dos fuerzas sociales que han protagonizado la lucha por su transformación –proletariado industrial e inteligencia– son producto del sistema.

sionadamente la nueva actitud del comité central, apoyando las propuestas de reforma, pero insistiendo en la absoluta falta de credibilidad de la burocracia estalinista para llevarlas adelante. En el verano de 1956, junto con las manifestaciones de protesta se extiende el clamor popular por la vuelta de Gomulka. Se pide lo que meses antes a todos hubiera parecido imposible, y lo imposible se hace realidad en unas pocas semanas.

A comienzos de agosto, Gomulka es rehabilitado, reintegrándose en el partido. Cuando para el 19 de octubre se convoca al comité central parece cantado que el próximo secretario general será Gomulka, si la inesperada llegada a Varsovia, el mismo día 19, de Jrushchev, Molotov y Mikoyan, asustados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, no abriese un gran interrogante. Después de muchas horas de negociación de Ochab y Gomulka con los camaradas soviéticos, poco dispuestos a repetir una intervención militar como en Hungría, terminan por dar la luz verde. El «octubre polaco» ha culminado con un aparente triunfo de la causa reformista.

6.

El régimen postestalinista que se inaugura en octubre de 1956 termina el 13 de diciembre de 1981 con la dictadura militar. Casi tres decenios de crisis abierta de un sistema que no logra, ya no superar, sino incluso equilibrar sus contradicciones. Por el contrario, según va haciendo concesiones ante una presión social creciente, menos viable se muestra el sistema. Con una regularidad sorprendente se producen explosiones –1970, 1976, 1980– que abren la esperanza a un nuevo empezar, al llevarse a cabo, casi como un ritual, los correspondientes cambios en la cúspide del Estado y del partido, para volver a co-

rrer al poco tiempo las aguas por los mismos canales viejos cada vez más encenagados y menos capaces de contener la inundación. Poco se puede entender de lo ocurrido en estos dos últimos años, si no se considera como el final de un período histórico, que es preciso estudiar en su conjunto. No podríamos ahora preguntarnos por sus características más relevantes, si no nos hubiéramos detenido en explicar sus orígenes.

De lo primero que hay que dejar constancia es que las dos fuerzas sociales que han protagonizado la lucha por su transformación —el proletariado industrial y la inteligencia— son producto del sistema. La Polonia de la postguerra ha pasado de ser una sociedad preferentemente agraria a una industrial de desarrollo medio. Casi la totalidad de los

puestos de trabajo que existen hoy en la industria —5,2 millones— han sido creados en los últimos treinta años. Lo mismo puede decirse de la inteligencia

científica, técnica y cultural. Los científicos constituyen el grupo profesional que más rápidamente ha crecido en la Polonia de la postguerra, seguido de los técnicos e ingenieros, que forman la profesión más numerosa. En 1939, el número de ingenieros era aproximadamente de 14.000, reducido a la mitad en 1945. Con la creación de nuevas universidades técnicas —de 1945 a 1950, pasaron de 9 a 20, hoy son 18— el número de egresados por año ha crecido rápidamente: si en el curso de 1950/51, se titularon 10.031, en el curso 1979/80 fueron 21.536. Desde 1945, Polonia ha formado cerca de 350.000 ingenieros, de los que 200.000 en la década de 1970 a 1980. Si dentro de la inteligencia cultural, consideramos al grupo socialmente más inuyente, el de los escritores, la Unión Polaca de Escritores («Związek Literatów Polskich»), cuenta con 1.300 miembros.

Se trata, no sólo de los grupos sociales con más rápido crecimiento, sino tam-

bién los más mimados por el régimen. A la clase obrera, por razones ideológicas obvias, se la otorga, por lo menos en teoría, ya la dirección, ya el beneficio directo de la política del Estado. Pero además se ha cuidado muy especialmente determinados sectores, —mineros y trabajadores de la industria pesada, (siderurgia, astilleros, construcción de maquinaria)— que en los años setenta alcanzaban salarios más altos, un promedio del 40 por 100, que lo que se ganaba en la industria ligera, que a su vez superaba los salarios medios en otras ramas y sobre todo en el campo. Pues bien, a la cabeza de los movimientos huelguísticos, en 1956, en 1970, en 1976 y 1980, han estado siempre los trabajadores con salarios más altos.

Si se ha intentado en vano crear una

**Si se ha intentado en vano
crear una aristocracia obrera,
conforme con el régimen,
tampoco se ha logrado
neutralizar a la inteligencia.**

aristocracia obrera, conforme con el régimen, otorgándole considerables privilegios respecto al resto de la población trabajadora, tampoco se ha logrado neu-

tralizar a la inteligencia, sin duda el grupo social más ligado a la burocracia. La burocracia necesita la colaboración de la inteligencia, gratificándola generosamente cuando no pone reparos. En los países del Este, ser científico o intelectual conformista reporta importantes ventajas económicas y sociales. La inteligencia por su parte necesita del apoyo de la burocracia, si quiere llevar algún proyecto a buen término, o si pretende hacer carrera, que consiste precisamente en integrarse en la burocracia. Nada tiene de extraño, por tanto, que la inteligencia técnica esté sobrerrepresentada en el partido —en 1980, el 14,6 por 100 de los militantes provienen de este sector profesional, cuando representan sólo el 1,4 por 100 de la población total; que de los 1.300 escritores de la Unión, una cuarta parte tengan el carnet del partido tampoco ha de extrañar.

Si queda bien claro que los grupos sociales más favorecidos son los que encabezan la protesta, no es menos cierto que

la crisis social y política que caracteriza al postestalinismo corresponde con un período que, tomado en su conjunto, de 1956 a 1981, se distingue por un muy considerable crecimiento económico. En economías tradicionales, prácticamente estancadas, la estabilidad social y política suele ser alta; en cambio, en aquellas sociedades que viven una dinámica de rápido crecimiento económico, cualquier parón o retroceso puede tener consecuencias graves. Hay, desde luego, una correspondencia exacta entre la crisis económica que padece Polonia –en 1979, un crecimiento negativo de –2,3 por 100; en 1980, de –4 por 100, con algunos cuellos de botella que parecen insalvables– y la crisis social y política de 1980/81. Pero es una crisis que se produce, no como consecuencia de un largo período de estancamiento, sino dentro de un ciclo general de crecimiento, que no puede evitar crisis periódicas: 1968-1971, 1979-1981. La historia más reciente de Polonia ha arrojado al desván de los trastos viejos el mito comunista de que las economías colectivistas controladas por el Estado se distinguirían de la capitalista por su capacidad de mantener un crecimiento continuo sin riesgo de crisis.

El desarrollo económico que ha logrado el postestalinismo es muy digno de consideración. En la primera fase del período de Gomulka, de 1956 a 1960, se frena el desarrollo forzado de la industria pesada, que caracterizó a la época estalinista, dando prioridad al objetivo de elevar el nivel de vida a corto plazo: en este tiempo los salarios reales subieron en un 27 por 100, es decir, una media anual del 5,4 por 100. Aunque las inversiones descendieron en un 20 por 100, con todo se logró crear medio millón de puestos de trabajo. En su segunda fase, de 1960 a 1970, se volvió a dar primacía a las inversiones –se crearon 2,5 millones de puestos de trabajo–, pero los salarios subieron muy lenta-

mente, a una media anual del 1,8 por 100. La protesta de los trabajadores obliga a un nuevo cambio de rumbo, consiguiendo Gierek en su primera fase –de 1971 a 1975– resultados aparentemente satisfactorios: se logra mantener las inversiones –se crean otro millón y medio de puestos de trabajo– y un buen ritmo en la subida de salarios, a la vez que un aumento de las exportaciones en una media del 10,7 por 100 anual. A partir de 1977 los síntomas de la crisis son cada vez más claros. Por vez primera no se crean nuevos puestos de trabajo, insinuándose incluso una tendencia a su disminución. En 1979, también por vez primera deja de crecer el producto social bruto, que en la primera mitad de los setenta todavía había crecido a una media anual del 7,2 por 100. Si a ello se une el continuo descenso de la siempre baja producción agraria –en 1979, el campo produce un 15 por 100 menos que el año anterior– que ha obligado a lo largo de estas décadas a un aumento constante, sobre todo en estos últimos años, de las importaciones de productos alimenticios, así como un descenso considerable de las exportaciones, debido a la crisis generalizada, el desequilibrio creciente de la balanza comercial se compensa con un aumento considerable del endeudamiento externo, con el fin de ir retrasando los efectos sociales más negativos de la crisis: desabastecimiento y carestía en el mercado negro.

Mención especial merece el endeudamiento externo. Para hacer compatibles los dos objetivos prioritarios de Gierek, elevar a corto plazo el nivel de vida de la población e incrementar las inversiones, concretándolas en la modernización de la industria, era preciso recurrir al crédito externo. Pero también para salvar las deficiencias del sistema nada

No se sabe qué admirar más, la capacidad de endeudarse de la burocracia dominante, o el crédito inagotable de que goza ante los banqueros occidentales.

mejor que recurrir al préstamo. El endeudamiento de Polonia con los países occidentales llega en 1980 a la escandalosa cifra de los 23.000 millones de dó-

lares. No se sabe qué admirar más, la capacidad de endeudarse de la burocracia dominante, o el crédito inagotable de que goza ante los banqueros occiden-

**La primera crisis de 1956,
encontró una salida provisional
al renunciar el partido, al control
absoluto y consecuente
sobre toda la sociedad.**

tales. El hecho es altamente significativo porque muestra: a) el grado de dependencia de los países comunistas de las grandes potencias capitalistas; b) la confianza ilimitada que los banqueros occidentales tienen en las burocracias monopolistas. Prestar a los países comunistas parece el negocio más seguro, dada la estabilidad política que se presume; c) sostiene la sospecha que los países acreedores en ningún caso podían estar interesados en la perpetuación de un caos económico que amenazase la devolución de la deuda. Además de por razones políticas obvias, las razones económicas también hablaban en favor de medidas drásticas.

7.

A primera vista, no cabe dudar de la estrecha relación entre la crisis social y política y la crisis económica pero sería un grave error establecer una relación de causalidad en una sola dirección: el fracaso económico explica la crisis social y política. Efectivamente, el régimen postestalinista polaco, a pesar de los repetidos intentos de mantener un ritmo alto de inversiones, elevando a la vez el nivel de vida de la población, sólo pudo cumplir este doble objetivo durante un breve plazo, aceptando un enorme endeudamiento, que terminó pronto por constituir una carga insostenible, sin haber resuelto los cuellos de botella en la agricultura, el sector energético y los transportes, que impidieron aprovechar gran parte de la capacidad productiva. El fracaso económico no se explica, como quieren los tecnócratas del Este y del Oeste, únicamente por razones económicas. La incapacidad que muestran los economistas ante los problemas que plantea la

crisis económica, se debe precisamente a sus planteamientos exclusivamente economicistas, sin considerar las variables sociales y políticas.

A pesar de las inversiones altas y continuadas del régimen polaco, a pesar del orgullo que muestran sus estadísticas al reseñar los puestos de trabajo creados, oficialmente nadie se pregunta por su sentido ni rentabilidad, curiosidad subversiva, que mantenida consecuentemente podría hasta cuestionar el sistema burocrático de planificación y de toma de decisiones. En los países capitalistas también el economista acaba su análisis allí donde una ulterior indagación podría cuestionar «la economía libre de mercado». Y es que ambos sistemas no son el modelo «natural» o «racional», que respectivamente pretenden, sino expresión de determinadas estructuras de poder que, como tales, no permiten ser puestas en tela de juicio.

Desde 1956, el gobierno polaco tuvo un solo objetivo, elevar el nivel de vida de la población, lo que no es posible sin un crecimiento significativo y constante de su economía. Recordemos el «pacto social» establecido: a cambio de la renuncia por parte de la población a las libertades civiles y políticas, el Estado garantiza un puesto seguro de trabajo para todos, que además sea remunerado de forma que pueda satisfacer las expectativas crecientes que el sistema ha contribuido a despertar. En este pacto, verdaderamente diabólico, se renuncia a la libertad a cambio de seguridad y bienestar crecientes. La población acepta su parte, si el gobierno cumple con la suya. En cuanto el nivel de vida deja de aumentar al ritmo esperado, la protesta no se hace esperar: en 1956, en 1970, en 1976, en 1980. Pero a pesar de los esfuerzos ingentes de las distintas direcciones, el sistema se muestra absolutamente incapaz de mantener sus promesas. Si se invierte hay que reducir el consumo, y cuando se invierte y se con-

sume a la vez, el endeudamiento se eleva a cifras difícilmente soportables, agravando todavía más la crisis.

Hacer crecer la economía y aumentar el consumo no constituye una contradicción en sí, todo lo contrario, sin lo primero no cabe lo segundo, pero se revela como una *contradicción insalvable dentro del sistema*. La economía polaca no encuentra una salida viable, no porque se ignore en dónde radican los problemas o técnicamente no se conozcan las respuestas adecuadas, sino sencillamente porque las medidas que prometen éxito amenazan con romper el sistema, al minar el poder de la burocracia dominante. No cabe esperar que la burocracia desde el poder contribuya voluntariamente a su propia eliminación.

La crisis es siempre expresión de una contradicción insalvable dentro de un sistema: las soluciones posibles se plantean fuera de sus márgenes, luego no se pueden tomar, y las que resultan conformes, lejos de solucionar los problemas, no hacen más que agravarlos.

La primera crisis de 1956, en cierto modo la decisiva, encontró una salida provisional al renunciar el partido, de hecho aunque no de derecho, al control absoluto y consecuente sobre toda la sociedad. En la práctica, no hubo otro remedio que aceptar un cierto pluralismo social. Por lo pronto, la Iglesia católica logró afianzarse como un poder social indiscutible, con zonas propias de influencia. También la inteligencia científica, técnica y cultural consigue pequeñas parcelas de libertad. En 1956 desaparece la «sección de censura» de la «Unión de Escritores polacos», aunque el Estado cuenta con medios suficientes para ejercer un fuerte control, pero por lo menos los escritores y artistas ya no están condenados a someter su obra a los rígidos principios del «realismo socialista», aunque tampoco se les permita criticar directamente al sistema.

Cierto que este pluralismo incipiente

se desarrolla dentro de una enorme ambigüedad, según el grado de tolerancia del régimen, que en estos 27 años ha fluctuado mucho, pero al final termina por constituir un hecho irreversible, que pone en cuestión el poder de la burocracia dominante. Si reduce la tolerancia y aprieta la represión, como continuamente piden los «duros», aumenta el malestar social y la protesta salta a la calle. Si negocia los límites de las distintas parcelas de autonomía, como proponen los «negociadores» en las filas del partido, se critican cada vez más abiertamente los privilegios, la corrupción y los fallos en la política económica de la «burocracia monopolista», aumentando las reivindicaciones de todo tipo y de todos los sectores sociales. No hubo es-

cape para este dilema.

Pluralismo en cierto que también afecta al partido, una organización de masas que cala hondo en la sociedad.

En 1950 llegó a 1,2 millones de afiliados que, después de las depuraciones y bajas voluntarias de la crisis de 1956, quedó en un millón, para crecer rápidamente en el período postestalinista, superando en 1980 los 3 millones de afiliados. Aunque se mantiene el principio del «centralismo democrático» —constituye un dogma indiscutible de cualquier poder burocrático— el partido ha dejado de ser aquella unidad monolítica de los tiempos de Stalin. Al desaparecer la represión interna —es la queja principal del aparato al estalinismo— y sentirse cada funcionario bien arropado —nadie va a perder su posición por torpe o inmoral que sea su actuación, todo lo más se le envía a otro cargo del mismo nivel jerárquico— el partido, de ser una unidad fuertemente jerarquizada, que culmina en el poder indiscutible del secretario general, se transforma en una organización oligárquica con distintos centros de poder.

El poder lo controla ahora un pequeño grupo —se calcula unas 300 perso-

La descentralización oligárquica que caracteriza al partido postestalinista, permite que en su interior se perfilen distintas corrientes.

nas— manteniendo cada cual sus zonas reservadas, con sus correspondientes clientelas personales. Para esta oligarquía, tan importante resulta el conservar incólume el poder de la burocracia frente a la sociedad, como impedir que uno de ellos se alce con todo el poder. Decisivo, en todo caso, es asegurar indefinidamente el rango social y económico alcanzado. Dos decretos de 5 de octubre de 1972 garantizaban a los funcionarios que ocupen cargos en la cúspide del Estado o del partido, tanto para ellos como para su familia, en caso de defunción, de cese o de jubilación prematura, el mantenimiento de sus sueldos íntegros, así como demás privilegios propios del cargo. Si en el período estalinista el funcionario que caía en desgracia podía costarle la vida, la cárcel o la marginación económica y social, según fuese la posición que ocupase en la jerarquía, y cuanto más alta, más duro el castigo, es decir, que los privilegios implicaban su riesgo, en el postestalinismo, la burocracia ha logrado asegurarse legalmente el gozo indefinido de sus privilegios, es decir, se convierte ya sin tapujos en clase dominante.

Respetando los intereses comunes de la burocracia como clase dominante, la descentralización oligárquica que caracteriza al partido postestalinista, permite que en su interior se perfilen distintas corrientes que, si a menudo sólo recubren intereses particulares de las diferentes «capillitas», en los momentos de crisis se polarizan en una línea «dura» y otra «negociadora». Esta polarización ha dado bastante juego a la hora de encontrar salida a la crisis, gracias a una hábil combinación de represión y compromiso. Si la represión solivianta en exceso a la población, llega el turno de los «negociadores»; si las concesiones amenazan al sistema, se imponen los «duros». Indudablemente que el mayor grado de pluralismo interno ha hecho a la burocracia mucho más flexi-

ble y, por tanto, más capaz de gestionar los conflictos.

Pero además de esta ventaja, el pluralismo oligárquico implica dos males graves:

1. Equilibradas las distintas corrientes, no ha podido imponerse una línea reformista clara y contundente. Cierto que no era muy amplio el margen de reformas posibles, salvaguardando los intereses básicos del sistema. Pero con todo, sin las tensiones internas no se hubieran agotado tan pronto las buenas intenciones proclamadas nada más llegar al poder. A este respecto, resulta muy instructivo comparar el discurso de Wladislaw Gomulka ante el comité central, el 20 de octubre de 1956, con los que pronunciaron, Eduard Gierek, el 24 de enero de 1971 ante los obreros en huelga en Stettin, y Stanislaw Kania, el 5 de septiembre de 1980, al ser elegido secretario general. La similitud de estos tres discursos es sorprendente. En los tres se critica duramente a la anterior dirección como la causante de la crisis, se denuncia el personalismo enfermizo del anterior secretario general y se promete una misma política de democratización y de reformas. Se comprende que el último, ya no gozase de la menor credibilidad.

2. Rota la vieja disciplina interna, eliminados los métodos represivos en las filas del partido, demoronados los principios ideológicos y convertidos de hecho en inamovibles los puestos del aparato político, no es extraño que aumentase hasta extremos inconcebibles la corrupción. Por faltas que en las estadísticas pudieran aparecer las inversiones, por ingente que fuese la corriente crediticia proveniente del exterior, la incompetencia e inmoralidad burocráticas aniquilaron todos los esfuerzos.

**La «burocracia monopolista»
pierde de hecho el monopolio, para
convertirse en una burocracia
oligopolista, enfrentada a poderes
competitivos en rápida ascensión.**

8.

Desde 1956 a 1980, asistimos a un debilitamiento continuo de la burocracia, cada vez más inepta y corrupta, a la

vez que a una consolidación progresiva del pluralismo social. Si en principio la burocracia sigue manteniendo su pretensión monopolista de constituir el

Con los acuerdos de Danzig ha llegado a su fin el régimen postestalinista que inauguró Gomulka en 1956.

único poder organizado –además del partido con más de 3 millones de afiliados, controla los sindicatos (13,6 millones), las juventudes socialistas polacas (2,6 millones), la liga de mujeres (medio millón), la liga de protección de la naturaleza (1,4 millones) y una larga lista de asociaciones menores– de hecho, tiene que compartir el poder, no sólo con la Iglesia católica, que goza de un prestigio creciente, sino con grupos sociales semiclandestinos, que ya no puede aplastar. La «burocracia monopolista» pierde de hecho el monopolio, para convertirse en una burocracia oligopolista, enfrentada a poderes competitivos en rápida ascensión.

La víspera del primero de mayo de 1978, Andrezej Gwiazda, Krzysztof Wiszkowski, entre otros, hacen público un manifiesto fundacional del «Sindicato libre de trabajadores de la costa», en el que se acusa a los sindicatos oficiales de ser los solos representantes de los intereses del Estado, único patrono que actúa en régimen de monopolio. «El objetivo de los sindicatos libres es la organización de la defensa de los intereses económicos, jurídicos y humanitarios de los trabajadores».

Año y medio más tarde, el primero de septiembre de 1979, el «Comité para la autodefensa social» (KOR) hace pública una «Declaración de los derechos de los trabajadores», en la que se incluye como el primer derecho la constitución de sindicatos libres. En las huelgas del verano de 1980 existe ya una conciencia generalizada de que, en esta ocasión, el objetivo ya no es recordar a la burocracia qué parte ha de cumplir en el «pacto social», sino conseguir una organización propia, capaz de negociar permanentemente con el poder burocrático establecido. Con ello, no sólo se quita

toda legitimación a la dictadura de la burocracia –en teoría, fiel representante de los intereses obreros– sino lo que es todavía más grave, se cuestiona el mo-

nopolio de su poder como derecho indiscutible.

De tener tiempo valdría la pena comparar las 21 exigencias de los huelguistas, con los 21 acuerdos firmados por el gobierno polaco y el comité de huelga regional el 31 de agosto de 1980. Centrémonos, sin embargo, en el punto esencial. La primera y principal reivindicación de los huelguistas, que en ningún caso están dispuestos a dejar caer, reza: «la aceptación de sindicatos libres, independientes del partido y de los patronos, tal como se deriva de la convención número 87, en lo que respecta a la libertad sindical, de la Organización Internacional del Trabajo, ratificada por la República popular de Polonia». En los acuerdos de Danzig, en su artículo primero, se reconoce que «las actividades de los sindicatos en Polonia no han llenado las expectativas de los trabajadores. Por tanto se considera útil la fundación de nuevos sindicatos autogestionados, que sean auténticos representantes de la clase obrera. No cuestionamos el derecho de nadie en permanecer en los viejos sindicatos, y en el futuro podría darse incluso una cooperación entre ambos sindicatos». El gobierno, dejando una puerta abierta para su ulterior fusión y control, se asegura en el artículo segundo que los nuevos sindicatos respetarán la constitución polaca, en el sentido que no se convertirán en un partido político, ni cuestionarán la propiedad estatal de los bienes de producción, ni el papel dirigente del POUP, así como se respetarán los tratados internacionales y las vinculaciones al Pacto de Varsovia. Pero aún expresando todas las cautelas, el hecho revolucionario es la autorización de un sindicato libre en un régimen colectivista burocrático.

Con los acuerdos de Danzig ha llegado

a su fin el régimen postestalinista que inauguró Gomulka en 1956. Entre el otoño de 1980 y diciembre de 1981, Polonia vive una etapa provisional, enormemente inestable, que no deja otra salida que el desarrollo paulatino de un régimen democrático, basado en la producción social autogestionada, es decir, una experiencia cabalmente socialista, o bien la recuperación del poder económico, social y político por la burocracia, ya abiertamente establecida como clase dominante, recurriendo a la violencia. Ante este dilema, revolución o golpe, la clase dominante polaca ha actuado como lo hubiera hecho en su lugar cualquier otra clase dominante del mundo capitalista.

Un estudio comparativo de la historia reciente de Polonia y de Argentina, precisamente por su distinta base social y el carácter distinto de sus respectivas clases dominantes, resultaría enormemente instructivo a la hora de elaborar una teoría general del militarismo, tal como se presenta en un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Pues si bien existe un militarismo propio de una sociedad predominantemente agraria, la Polonia y la Argentina de los años treinta, también ha surgido un nuevo tipo de dictadura mi-

litar, propio de sociedades industriales de desarrollo medio, cuando sus clases dominantes se ven directamente amenazadas por el ascenso social de nuevas clases sociales. Existe una correspondencia en las estructuras políticas de desarrollos económicos paralelos, efectuados en condiciones capitalistas o burocráticas de producción.

Desde esta comunidd de intereses de las clases dominantes del Este y del Oeste, se comprende que las burocracias comunistas, así como todos los «tontos útiles» de su esfera de influencia, presenten el golpe del 13 de diciembre como la mejor solución posible. Y ciertamente que lo es, desde la perspectiva estabilizadora de los intereses dominantes. Si en Checoslovaquia o en Polonia hubieran podido afianzarse nuevas formas de democracia socialista, tan amenazadas se sentirían las burocracias colectivistas como las oligarquías dominantes en el mundo capitalista. El golpe militar en Polonia puede servir para la propaganda occidental, como las dictaduras militares de América Latina sirven para la propaganda de los países comunistas, pero unos y otros están convencidos que la estabilidad de su poder es la condición sine qua non de la paz mundial.